

Versaciones de un chupaplumas

Un pequeño apartamento

[1]



situado en una zona muy agradable, amueblado y muy bonito, pero al que hubieron de renunciar apenas **un par de semanas** después y en plena efervescencia de su amor nacido no estaría haciendo



más de un mes, cuando lo de las copas, y buscar una habitación en un piso compartido con las cajeras y un músico que, ese sí, no daba más ruido que el de su batería ya que era un muchacho muy serio y vegetariano, muy educado y bastante retraído, que ni

fumaba ni bebía y, como le decía una de las cajeras, “¿y tú te piensas que vas a ser un Jimi Hendrix o un Lou Reed sin ni beber ni drogarte ni nada?”.

Así que el músico, que era muy limpio y muy ordenado y fregaba el baño cuando le tocaba y no utilizaba la cocina porque se alimentaba de frutos secos y de hojas de lechuga o de algún tomate que tenía en su cuarto, no era en absoluto culpable de las constantes escandaleras que se organizaban en el piso ni fue el causante de que ella, la fisioterapeuta, decidiera mudarse porque, para entonces, ya había sido él mismo, el músico, el que se marchó porque la otra cajera — no la que le dijo lo de Jimi Hendrix y lo de las drogas sino la otra — despechada porque le había tirado los tejos¹ y él la había rechazado porque tenía novia, le había puesto una denuncia por acoso².

¹ Y más que los tejos, pero la fisioterapeuta no se extendió en pormenores por las mismas razones por las que no entró en detalles de lo del padrastro cuando Sonia levantó la mano.

² Motivo por el cual fue condenado a cincuenta metros de alejamiento, no de la novia, que con la novia se llevaba muy bien, sino de la cajera; pero, cómo el edificio era un rascacielos y los techos eran altos, echó él sus cuentas y vio que otro apartamento que se había quedado vacío dieciséis plantas más abajo le servía perfectamente; y como todavía le sobraban un par de metros y si era necesario podía subir andando caso de coincidir con la acusadora esperando el ascensor, se puso el muchacho tan contento.